

GACETA MÉDICO-VETERINARIA

REVISTA SEMANAL

AÑO XIV.

Domingo 28 de Junio de 1891.

NÚM. 630.

En la dedicatoria del libro: *Ensayo de Fisiología filosófica y general*, escrito por el catedrático de la Escuela de Veterinaria de Madrid D. Jesús Alcolea y Fernández, se leen las siguientes palabras dirigidas á el también catedrático D. Santiago de la Villa y Martín:

.... Á V. DEBÍ, DESPUÉS, EL OBTENER LA CÁTEDRA DE FISIOLÓGIA EN LA ESCUELA DE SANTIAGO; Á V., Y SÓLO Á V., DEBO LA QUE HOY OCUPO.....

SUMARIO

Advertencia importante.—*Sección editorial*: Adhesiones del profesorado de Veterinaria en España para que se lleven á cabo las gestiones propuestas por la reunión de nuestros compañeros de Zaragoza.—La enfermedad en el ganado de cerda.—Conservación de las frutas en estado natural.—La achicoria.—*Varietades*: Perros célebres.—Anuncios.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Como á pesar de la lista que hemos publicado con los nombres de suscriptores *morosos*, haya todavía muchos que en diferentes cartas han prometido pagar, sin que hasta la fecha lo hayan realizado, estamos decididos á continuar aquella ingrata tarea, arrojando todas las censuras que se nos dirijan á propósito de nuestro calificativo de *tramposos*, aplicado á los que no pagan ni contestan á nuestras atentas y reiteradas súplicas. Entre nuestros deudores existen muchos que tienen buena posición, y algún

redactor de cierta revista pretenciosa que también lo hemos sacado á la vergüenza.

El que no quiera nuestro periódico que nos lo diga francamente; el que no pueda pagar que lo declare con ingenuidad, porque no es justo que después de recibir un trabajo y un material que nos cuesta el dinero, no merezcamos ni aun la cortesía que se usa entre personas bien educadas.

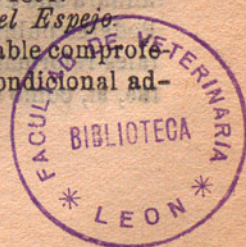
SECCIÓN EDITORIAL.

MADRID 28 DE JUNIO DE 1891.

ADHESIONES
DEL
PROFESORADO DE VETERINARIA EN ESPAÑA
PARA QUE SE LLEVEN Á CABO LAS GESTIONES
PROPUESTAS POR LA REUNIÓN DE NUESTROS COMPAÑEROS
DE ZARAGOZA

CHIVA 17 de Junio de 1891.
Sr. D. Rafael Espejo

Muy señor mío y respetable profesor:
sor: Uno mi humilde é incondicional ad-



hesión y la de los veterinarios de este distrito, D. Francisco García Fortea, don Joaquín Muñiz, D. Joaquín Aguilera y D. Ramón López Domingo, á las reformas tan acertadamente propuestas por el perspicuo profesor D. Alejandro Elola, honra y prez de la Veterinaria española, discutidas y aprobadas por nuestros compañeros de la invicta é inmortal Zaragoza, á quienes enviamos nuestra más entusiasta enhorabuena.

Aún podemos decir, señor Espejo, que hay veterinarios en España; gritémos, pues, ¡¡¡viva la Veterinaria española!!! Vengan pronto los veterinarios zootécnicos tan brillantemente descritos por tan eximio comprofesor. Regenérese la Veterinaria en España hasta colocarla al nivel de las naciones más culta de Europa, y caiga el que caiga. ¿De qué sirve una clase que por sus torpezas, falta de moralidad é instrucción, camina ciega y rápidamente al pauperismo más abyecto? Primero veterinarios que curanderos; primero hombres probos é instruidos en la importante y difícil ciencia de curar, multiplicar y mejorar los animales, que charlatanes zafios y sátrapas; antes que veterinarios á granel y, por con siguiente, sin rudimentos, no ya para el desempeño de nuestra elevada misión, sino ni aun siquiera para conducirnos en sociedad cual corresponde á nuestra humilde categoría; veterinarios idóneos que, por su capacidad é instrucción, regeneren nuestro carcomido actual modo de ser, colocándonos, en plazo no muy lejano, á la altura que hoy ocupan nuestros queridos hermanos de profesión.

Sí, señor Espejo, la hora de nuestra redención ha sonado en Zaragoza, y no dudo que la prensa profesional toda, poderosa palanca de los tiempos modernos, aunará sus esfuerzos para recabar de los Poderes públicos tan útiles y trascendentales reformas, como son las allí expuestas, si, como es de esperar y puesto que

todos habíamos de ser igualmente beneficiados, nos adherimos incondicionalmente á tan sublime pensamiento todos los veterinarios españoles.

Queda, como siempre, á sus órdenes y dispuesto á hacer efectivo el sacrificio pecuniario que pudiera imponérsele al objeto, este su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.,

AGUSTÍN GARCÍA.

Adhesión de D. Juan Morello.

Señor Director de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA.

En el número 628 de la GACETA MÉDICO VETERINARIA leemos con entusiasmo el elocuente y bien razonado discurso leído por D. Alejandro Elola, veterinario militar, en la reunión que los veterinarios han celebrado en Zaragoza, con el cual estamos completamente de acuerdo, por emitirse en él las ideas que hace mucho tiempo sustentamos y defendemos, como las únicas que creemos pueden salvarnos y contribuir á nuestra redención y regeneración científico-social.

El Sr. Elola, conecedor como el que más de las causas de nuestra decadencia y poca consideración social que en la actualidad tenemos, las indica á grandes rasgos, proponiendo al mismo tiempo los medios de remediarlas y los que deben adoptarse, si se quiere que el veterinario español sea lo que debe ser y ha de ocupar el lugar que le corresponde en la sociedad.

¿Quién será el que no se adhiera, y se adhiera con entusiasmo, al acuerdo tomado por nuestros compañeros en Zaragoza?

¿Quién no se da el parabien al ver la iniciativa de esos profesores, que remueven los ya olvidados acuerdos tomados por la mayoría de la clase en el Congreso Veterinario celebrado en Madrid en 1883?

¿Quién es el que, por apático, indiferente y desconfiado que sea, no ve en este suceso el albor de la aurora de nuestra regeneración?

Sé que existen muchos profesores que han perdido toda esperanza de salvación, debido esto á los muchos desengaños sufridos y hartos de esperar el mejorar su situación precaria y llena de penalidades; pero esto no nos elude á ninguno del compromiso, porque nuestra misión en la actualidad, como veterinarios, es luchar hasta vencer ó morir; de aquí nuestro ineludible deber de unir hoy nuestras fuerzas á las de nuestros hermanos de Zaragoza, sin tener en cuenta tiempos pasados ni intimidarnos por la ventajosa posición del enemigo; nos asiste la razón; somos los más, y estoy seguro que, si perseveramos en nuestro empeño, tal vez no esté lejano el día de nuestra victoria.

Las buenas causas, por contrariedades que experimenten al iniciarse, no por eso naufragan; el tiempo se encarga de su defensa, la constancia de llevarlas á puerto de salvación y el movimiento progresivo de cultura con la sanción de la verdad de ser, dándoles estabilidad en el cuerpo social, que toca sus benéficos resultados.

Es un hecho bien comprobado, que las innovaciones, las reformas que afectan á la humanidad, no pueden imponerse repentinamente, no es posible que se adopten tan luego como son propuestas por sus iniciadores; se necesita que maduren, que haya mártires, que el progreso humano las lleve al cuerpo social, y éste se convenza de su utilidad, y vea que son necesarias é indispensables, y que vienen á sustituir al error en que se vivía con la verdad.

El movimiento de progreso de este siglo ha alcanzado á todas las ciencias: ¿qué motivo existe para que la Veterinaria no forme parte de ese progreso ava-

sallador y haya quedado estacionada en nuestra nación? Múltiples causas han contribuido á esto, en particular, la horfandad en que se encuentra, la falta de iniciativa de los profesores que figuran en primer línea en el profesorado, la antipatía con que han mirado éstos todo lo que emanaba y tenía origen en la clase, que pobre por sí, sin influencias y, por lo tanto, falta de apoyo, la hemos visto lanzar lamentos, gritos de dolor arrancados por el hambre, en demanda de justicia, que no han tenido quien los escuche y se han ido á perder en el inconmensurable desierto del olvido y la indiferencia. Pero no por eso faltan veterinarios que, con fe inquebrantable, sin decaer su ánimo, sin perder el valor, á pesar de los fracasos sufridos, han tenido la abnegación de seguir el camino que nos debía conducir á nuestra regeneración científica, única que nos podía salvar y colocar en la sociedad en el lugar que por derecho y por la utilidad que prestamos á la patria nos corresponde.

Hace tiempo que todos comprendemos la necesidad que la Veterinaria tiene de dar un paso adelante: que el estacionamiento en que se halla desde muchos años, es un tósigo que mata al profesorado, porque nos hace (con razón) que se nos considere como los últimos en conocimientos científicos de todos los veterinarios de Europa: aquí, indudablemente, tiene origen nuestro desprestigio ante la sociedad, porque ésta no vé en nosotros el hombre de ciencia que necesita, para que la guíe con sus consejos científicos por la senda de los adelantos modernos y de utilidad. Si bien es cierto que existe un reducido número de profesores que luchan sin tregua ni descanso por dar ese paso, la generalidad yacen en un abandono lamentable y culpable: otros sumidos en la más vergonzosa apatía; los más indiferentes al ver que des-

pués de tanto trabajar nada beneficioso se ha conseguido de cuanto con justicia se ha reclamado de los poderes públicos; infinidad que, sin estar al corriente de la situación de la Veterinaria y el profesorado, satisfechos con herrar y curar, no se cuidan de cuanto atañe y se relaciona con la profesión: no faltan los que desconocen la misión que el veterinario tiene en la época actual, como la tiene en las demás naciones, por lo que no toma parte en los asuntos profesionales.

De este estado de atraso científico en que nos encontramos, de esta indiferencia del profesorado, de la exuberancia de profesores, ha venido indudablemente nuestro desprestigio ante la sociedad; que se siga por el público considerándonos como simples albéitares, creyendo que nuestra única y exclusiva misión está reducida á herrar y curar los solípedos, y aun cuando nos sea doloroso confesarlo, es preciso convenir que el mayor número de veterinarios no tienen otra idea de la Veterinaria y se tienen por muy satisfechos con clavar muchas herraduras.

Esta carencia de conocimientos científicos en que estamos, debido á la deficiencia en la enseñanza actual, y en particular á los escasos conocimientos que los alumnos tienen al ingresar á cursar nuestra carrera, dan por resultado después la inmoralidad que por todas partes se ve en el profesorado; inmoralidad que tiene que existir, y que en parte es perdonable, porque el veterinario en los pueblos le es preciso luchar para alcanzar un pedazo de pan con que acallar el hambre de su familia; tanto la ignorancia como la necesidad son las principales causas que más directamente influyen el que se nos miré con indiferencia, y si se quiere hasta con desprecio. Dar más instrucción al profesor y disminuir su número, y la guerra fratricida que

hoy nos desacredita desaparecerá por completo.

Encarnadas en el profesorado estas causas de nuestra ruina, de nuestro estado precario y de nuestro malestar, comprendió que debía tomar la iniciativa para cambiar nuestro modo de ser, y al efecto inauguró su redención en el Congreso Veterinario celebrado en Madrid en 1883, en el cual, entre los acuerdos principales que se tomaron, el más importante para la clase fué que se pidiera que como preliminar al estudio de la Veterinaria debía exigirse al aspirante el grado de Bachiller: se fundaba este salvador acuerdo, principalmente, en que teniendo mayor instrucción el alumno le sería más fácil comprender los múltiples y complejos estudios que hoy comprende la Veterinaria; que de este modo saldrían de las Escuelas profesores más instruidos, que observarían con más rigurosidad los preceptos de la buena moral, darían más importancia á la ciencia, serían mejor considerados; y, por último, que con el grado de Bachiller se conseguiría disminuir el número de profesores que hoy existen, que era de lo más esencial, puesto que hoy sobran para satisfacer las necesidades del país.

Como complemento de este acuerdo, y como consecuencia indispensable para llevarlo á cabo, se pedía la reducción de Escuelas, porque toda la clase comprende que España tiene más de las que necesita, y las dos que debían quedar que tuviesen el personal suficiente y material para la enseñanza teórico-práctica, único modo de producir profesores instruidos. Todos sabéis que hubo una fracción que hizo una oposición tenaz, sistemática y de pura conveniencia, encaminada á que no se celebrase aquella memorable reunión que, no pudiendo conseguir su objeto, se tomó después el trabajo de impugnar cuanto se había acordado en el Congreso. No se pueden

desconocer los grandes y repetidos esfuerzos que un gran número de profesores viene haciendo desde entonces, para que se exija el grado de Bachiller á los que ingresen á estudiar Veterinaria, como se exige para las demás carreras; todos conoceis el resultado negativo que han dado nuestras gestiones: ninguno puede tampoco olvidar la constante propaganda que con tanta abnegación como entereza viene haciendo el Director de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA, D. Rafael Espejo del Rosal, y la indiferencia con que los hombres que se hallan al frente de la enseñanza han mirado esta cuestión, en la que los hemos visto brillar por su silencio, digo mal, por su oposición.

Pero no hay remedio, el bachillerato se impone por sí mismo; podrá tardar más ó menos tiempo, mas, pese al que pese, lo tendremos.

Hoy, nuestros profesores de Zaragoza celebran una reunión, en la que el distinguido veterinario militar D. Alejandro Elola, en un brillante discurso, expone los males que aquejan á la ciencia y á la clase, pidiendo, como el principal medio de remediarlos, que se exija el grado de Bachiller como preliminar á los estudios veterinarios, con lo que conseguiremos nuestra regeneración científico-social. Ahora, que los veterinarios de Zaragoza continúen en su propósito, que no decaiga su ánimo y tengan valor para llevar á fin lo que han hecho.

Por último, decir que me adhiero al pensamiento de los veterinarios zaragozanos, creo que es inútil; tengo dada mi palabra de adhesión al tomar esos acuerdos en el Congreso; los he defendido en la prensa cuanto mis fuerzas me han permitido; milito bajo la bandera del progreso, y si aún se quiere más, reitero hoy mi adhesión para todo lo que sea adelanto científico, así como para todo lo que pueda contribuir á mejorar la

situación de la desatendida cuanto desgraciada clase veterinaria, á la que con orgullo me honro pertenecer.

JUAN MORCILLO.

JÁTIVA y Junio 18 de 1891.

Adhesión de D. Vicente Lafuente.

Señor Director de la GACETA MÉDICO-VETERINARIA.

Muy señor mío y distinguido compañero: En la interesante Revista de su digna dirección, núm. 628 del 14 de Junio corriente, he visto y leído con la atención que merece el artículo titulado «El único camino de salvación para la clase,» en el cual hace usted una brillante reseña del atrevido y resuelto acto llevado á cabo por nuestros queridísimos compañeros los Profesores Veterinarios civiles, militares y algunos Catedráticos de la Escuela de Veterinaria de la invicta Zaragoza el 24 de Mayo próximo pasado, acto digno de ser apoyado y secundado por toda la clase, adhiriéndose en masa cerrada y compacta al elevado juramento de pedir á las Cortes la radical reforma en la enseñanza de nuestra carrera, bajo las bases allí discutidas y aprobadas por nuestros valientes hermanos de profesión.

Cierto es que en aquella solemnidad no se trató ninguna cuestión nueva, puesto que en todos los tonos y formas se vienen discutiendo hace tiempo desde que tuvo lugar el inmortal Congreso de 1883, de gloriosa recordación; pero no hemos de negar el distinguido mérito contraído por los allí congregados al condensar y sintetizar con valentía una resolución de que hay pocos ejemplos y digna de nuestro sincero aplauso.

Todo el malestar de nuestra clase en general, de nuestros procedimientos, de nuestra pobreza y martirologio en el

ejercicio de nuestra desgraciada profesión, puede compararse á un verdadero *via crucis*.

Allí se expusieron sintéticamente las principales causas de nuestras desgracias, de nuestras miserias, y del desprecio con que nos mira la sociedad, siendo una de las más principales, ese exceso de personal facultativo que, cual plaga de langosta devastadora, vomita todos los años el gran número de Escuelas que existen en nuestro país, y de las cuales sale un profesorado sin ninguna condición aceptable de instrucción científica, ni mucho menos de conocimientos prácticos, que son los que más inmediatamente juzga la sociedad en el ejercicio de los nuevos profesores, que por lo general no saben hacer una sangría, poner un sedal, ni aplicar una herradura con la destreza de los verdaderos prácticos; estas deficiencias, que aprecia perfectamente el público, no sólo son perjudiciales á sus intereses, sino también al de la industria pecuaria.

Como consecuencia necesaria de tal situación, la pobreza ocasiona una guerra ó pugilato profesional, en el que se disputan la subsistencia tantos profesores por medios tan repugnantes como vergonzosos.

Tal es el lamentable estado de la clase en general, y muy particularmente en los pueblos rurales en pleno siglo XIX, llamado *de las luces*; luces que no han podido iluminar los cerebros de los indiferentes directores de nuestras Escuelas de Veterinaria, que no les ha sido posible derramarlas é inculcarlas en los inocentes discípulos, pues forzosa y desgraciadamente han de ser poco considerados por la sociedad, careciendo, como carecen, de condiciones aceptables y útiles en la práctica de su profesión.

Procuren las Escuelas de Veterinaria dar á la juventud que á ellas asiste, una enseñanza técnica para sacar un profe-

sorado con conocimientos teóricos y prácticos para que desempeñen decorosamente la alta misión, cual es la de mejorar, multiplicar y acrecer los intereses nacionales agrícolas y pecuarios; háganlo así los señores catedráticos de nuestras Escuelas, interésense por el porvenir de sus inocentes discípulos como si fuesen sus legítimos hijos, cual si fueran sus padres naturales, pues moralmente lo son, y en vez de hacerlos desgraciados como hoy lo somos todos por una plétora de profesorado con carencia absoluta de conocimientos prácticos, y entonces recibirán las bendiciones de una clase entera que ansía ser útil á la patria, á sí propia, y, por último, á la riqueza nacional.

Lo demás es pura *palabrería, charla* inútil que desprecia la sociedad. En nuestra profesión se observa con harta frecuencia que un *mancebo de herrador* que apenas sabe expresarse, dé *lecciones* á profesores titulados en todos aquellos casos que se refieren á operaciones del herrado y otras que se practican en el caso de los monodactilos.

Esto nos ha ocurrido á todos y al que suscribe el primero, y eso que el que estas líneas escribe fué *estudiante interino* en la Escuela de Veterinaria de Madrid por los años de 1842, en cuya época había *clínicas públicas é internas, prácticas del herrado* en local espacioso donde se herraban muchos caballos de casas principales, todo lo cual me sirvió después de mucho para no caer en el descrédito y ridículo, como hoy les está sucediendo á la mayoría de jóvenes profesores que salen de las Escuelas sin las más ligeras nociones de práctica tan importante.

Mi conformidad con los acuerdos y conclusiones que en la reunión de Zaragoza fueron objeto de discusión, es incondicional, deseando se realicen y lleguen á *vías de hecho*, para bien de la cla-

se en el concepto moral y material de la misma; sin olvidar los más importantes agrícolas y pecuarios, como objeto más saliente y principal que corresponden á nuestra carrera.

Sin embargo de todo lo expuesto, no concluiré sin hacer una declaración que me dicta mi conciencia; esta es, la duda que me asalta respecto á la posibilidad de ver realizadas nuestras aspiraciones en un plazo breve; pues teniendo en cuenta el estado miserable de la clase en la inmensa mayoría de sus individuos, tal situación había de continuar por muchos años aunque llegaran á realizarse nuestras nobles y legítimas aspiraciones inmediatamente.

Es tal el excedente de profesores establecidos en nuestro país, que si durante veinte años permanecieran cerradas todas nuestras Escuelas, no quedarían desatendidos los que necesitasen de nuestros servicios profesionales en tan largo período de tiempo.

El dudoso y obscuro porvenir que ofrece á la juventud para emprender la carrera de Veterinaria es la causa de que, los que tienen el título de Bachiller en Filosofía, sigan otra cualquiera carrera. Y que los que en su inmensa mayoría que hoy la estudian, se conforman con los escasos beneficios que les proporciona el *herrado*.

El establecer el grado de Bachiller como preparación para continuar los estudios de nuestra carrera, hará disminuir extraordinariamente el mal que lamentamos, por el excesivo número de profesorado actual que tantos males ocasiona; después y paulatinamente, en el correr de los tiempos, una nueva generación de veterinarios de mayor ilustración, habían de verse solicitados por los que utilizan con sus conocimientos, sin que se les pudiera negar la remuneración justa que la sociedad concede á los que considera dignos de ella.

No desconfío de que en época no muy lejana han de convertirse en hechos prácticos lo que hoy no es más que una noble y legítima aspiración de la clase, ansiosa de salir del *caos* en que vivimos para entrar con paso firme en el camino de las reformas que el progreso exige, para engrandecimiento y honra de nuestra desgraciada clase.

Réstame indicar, para no hacer más largo este mal pergeñado escrito, el manifestar á usted, señor Director, que respondiendo al llamamiento que se hace á la clase en el número ya citado, que me adhiero en un todo á lo acordado por nuestros hermanos en la citada reunión, bajo la presidencia del ilustrado y valiente comprofesor D. Alejandro Elola y demás asistentes al citado acto, acreedores á grato recuerdo.

La conclusión cuarta, que dispone la constitución de un centro directivo para recoger las adhesiones del Profesorado, no la conocemos aún, y no puedo creer que los Profesores de Zaragoza no hayan contado con la seguridad de tener el personal que se requiere para dar dirección á las gestiones de una clase entera, que ha de elevar á las Cortes la petición de reformas que el progreso de la ciencia reclama, para traducir en hechos prácticos las justas y legítimas aspiraciones de la Veterinaria nacional, y para nivelarse con nuestros hermanos en otras naciones más civilizadas.

Agradeceré á usted, Sr. Director, dé publicidad en las columnas de su ilustrado periódico á este modesto trabajo, para corresponder como debo al llamamiento de nuestros hermanos en profesión, de glorioso recuerdo para la clase.

Reciba como testimonio seguro de la más respetuosa consideración y como prueba de la amistad que le profesa su compañero Q. S. M. B.,

VICENTE LAFUENTE.

EL PROVENCIO (Cuenca), 20 de Junio.

Por la lectura de los artículos que anteceden, en los que resalta el entusiasmo más desinteresado de unos Profesores que, ocupando posiciones muy desahogadas, patentiza que aún existen en la clase hombres en los que se anteponen á los intereses particulares del egoísmo, el bienestar de la clase y el más noble deseo de que brille nuestra ciencia al nivel de las de otras naciones más felices y para honra de nuestra patria.

Hacemos nuestro el siguiente suelto que publica *El Musel* de Gijón:

LA ENFERMEDAD EN EL GANADO DE CERDA

«Hace próximamente cuatro años que se presentó en el ganado de cerda de Asturias una enfermedad epidémica que acaba con todos los animales de esta raza, deja pobres á nuestros labradores y es causa de que muchos propietarios de fincas rústicas no cobren sus rentas.

El asunto merece, pues, ser estudiado con todo interés por parte de las personas y Corporaciones peritas, y deben á este fin prestar todo su apoyo los Ayuntamientos y la Diputación provincial y hasta el Gobierno debería ayudar con sus recursos y con todos los elementos de que dispone, para extirpar el mal que tanto perjudica á esta provincia y que amenaza tomar carta de naturaleza en Asturias.

Algo se hizo, lo reconocemos, en el sentido que queda indicado; pero es lo cierto que el mal no se atajó todavía; que han pasado cuatro años sin conseguir extirparlo, y que esta situación no debe prolongarse más, al menos sin poner todos los medios para mejorarla.

Llamamos, por tanto, la atención del Gobierno, de la Diputación provincial, de los Ayuntamientos y de las Juntas de Sanidad, provincial y locales, para que

atiendan con todo cuidado al estudio de la enfermedad que padece el ganado de cerda, propagando los medios de extirparla y trabajando sin descanso hasta que desaparezca.

Con ello atenderán las justas reclamaciones de los labradores y prestarán un señalado servicio al país.»

CONSERVACION DE LAS FRUTAS EN ESTADO NATURAL

FRUTAS DE HUESO Y RACIMOS

Las frutas de verano no se prestan á la conservación por la dificultad de contener su madurez en una época en que se pronuncia con tanto impulso como celeridad.

Se hacen constantes tentativas para lograr procedimientos satisfactorios, pero hasta ahora con muy poca fortuna.

Recientemente se ha hablado de haber conseguido mantener en buen estado frutas de hueso, envolviéndolas cuidadosamente en papel de algodón sin cola, y cubriéndolas con yeso cernido y seco, en sitio fresco y dentro de toneles bien cerrados.

Los periódicos de Valencia se han ocupado también de melocotones conservados por espacio de bastantes meses, por un procedimiento que se reserva el industrial.

Ya se habían hecho ensayos anteriormente, logrando conservar melocotones envueltos en papel de seda, y recubriéndolos con un baño espeso de cera.

El señor don Ramón Soler, de Albate del Arzobispo (Zaragoza), nos dice que las ciruelas que llaman *Arcevias* en las Cuevas, porque sazonan á fines de verano, de forma almendrada y regular grosor, no muy dulces al cogerlas, á pesar de estar muy maduras, aunque no blandas, se conservan con sólo tenderlas en el suelo de yeso de las habitaciones ventiladas, pero sin sol. Se van enjugan-

do poco á poco, hasta que pierden la humedad, y se recojen y amontonan antes de que se sequen. El mismo procedimiento se sigue con la ciruela *Cascabelillo*.

Omitimos entrar en más detalles sobre las demás frutas de verano, así como las de otoño, recubiertas con cáscara dura, toda vez que hemos de tratarlas en capítulo aparte, al hablar de su desecación.

Conservación de los racimos.—En una conferencia dada en el Concurso general agrícola de París, en 1888, por M. Salomon, entendido viticultor francés, sobre la conservación de los racimos, encontramos datos y procedimientos que merecen ser propagados.

Empezó por decir que no todos los racimos se prestan por igual á la conservación.

Las variedades que la experiencia ha demostrado ser á propósito para la conservación, tanto en seco como en verde, son: la *chasselas dorada*, la *chasselas rosada real*, *lady Downes*, *olivette noire*, *boudales*, *Calabre blanca*, *bellino*, *schiradzouls*, *black Alicante*, *west St. Peters*, *chasselas Napoleon*, *clairette blanche*, *olivette de cadenet*, *pis de chebre blanc*, *gros colman*, *moscatel de Alejandria*, *Frankental* y otras muchas que sería prolijo enumerar en una conferencia de esta clase.

Siendo conocidas las buenas variedades para ser conservadas, se trata de realizar las condiciones necesarias para arribar á una buena conservación.

La experiencia ha demostrado á M. Salomon que, en iguales circunstancias, los racimos recolectados en cepas adultas, de diez años por lo menos, se conservan mejor que los procedentes de viñas más jóvenes; por la misma razón, los producidos por viñas plantadas en terrenos arcillo-calcáreos se conservan mucho más tiempo frescos que los de las viñas que vegetan en terrenos esencialmente silíceos.

Los abonos y enmiendas á base de ácido fosfórico y de potasa, deben ser preferidos á los abonos muy nitrogenados para estercolar las viñas cuyos racimos se destinan á la conservación.

La supresión de racimos, cuando son muy numerosos; el aclarar los granos; el despunte de las extremidades superior é inferior del racimo; la sucesiva supresión de hojas hecha de manera que tamicen los rayos solares; los repetidos azuframientos durante la madurez, y la preservación, en fin, de las lluvias de otoño, favorecen la perfecta sazón de los racimos, condición esencial para que se conserven bien.

Este grado de madurez se reconoce por el color blanco diáfano, un poco dorado ó amarillo ámbar en los racimos blancos, y el color uniformemente sombra en los racimos negros.

Formulados estos principios, veamos cómo deben cogerse los racimos que se han de conservar, y los diferentes métodos empleados para arribar á la conservación.

Se cogerán con tiempo seco, preferentemente después del medio día; se destacarán con su pedúnculo entero, es decir, cortando al ras del sarmiento los destinados á ser conservados con la raspa seca. Los que hayan de conservarse con la raspa verde serán destacados con el sarmiento de que están suspendidos; se verificará el corte á un ojo por encima del racimo y á 10 ó 12 centímetros por debajo.

Es de rigor ponerlos en el frutero el mismo día de la recolección.

El local destinado á conservar los racimos con raspa seca, no exige las mismas condiciones de aislamiento que el consagrado á la conservación en verde. Para la raspa seca es suficiente una cámara fácil de ventilar. Los útiles del interior deben consistir en tablitas ó zarzos sobrepuestos y recubiertos con paja

de centeno bien seca ó con helechos. Se colocarán los racimos sin que se toquen, á fin de evitar la descomposición por contacto.

En cuanto á los cuidados que se les han de dedicar, consistirán en ventilarlos de tiempo en tiempo durante el primer mes de la conservación y mantener obscura la cámara y bien cerrada en el mes siguiente, y quitar los granos averiados y las raspas muy estropeadas; en prevenir el enmohecimiento de estas raspas con fumigaciones sulfurosas obtenidas quemando mechas azufradas.

La conservación con raspas verdes exige un frutero poco sensible á los cambios de temperatura. Para llegar á este objeto es indispensable aislar la cámara de conservación por medio de dobles ó triples tabiques de madera, distantes entre sí de 10 á 15 centímetros; el aislamiento es más perfecto si se rellenan con materias calorífugas los intervalos que dejan los tabiques, materias como serrín de madera ó de corcho, paja trillada ó arena tamizada finamente.

Han de ser poco numerosas las aberturas: bastan una puerta y una ventana, sea la que quiera la extensión de la cámara; estas aberturas deben estar cerradas herméticamente por puertas y ventanas dobles y aun triples, si hay necesidad, colchadas; si los aisladores del piso y del techo pueden ser los mismos que los de las paredes, se encontrará la cámara en las mejores condiciones posibles.

Frascos de anchos cuellos, mantenidos inclinados hacia adelante en listones con muescas dispuestas *ad hoc*, guarnecerán la cámara de conservación. Estos frascos, distantes entre sí de 10 á 12 centímetros y sobrepuestos á 30 ó 35 centímetros, habrán de llenarse previamente de agua, en la que se pondrá una cucharadita de carbón vegetal ó un poco de sal ó ácido salicílico, para impedir la putrefacción.

Se llevarán al frutero los racimos cogidos, como se ha dicho, para la conservación en verde; se introducirá en los frascos la extremidad inferior de los sarmientos, pudiendo recibir muchos á la vez, por ser muy ancho el cuello; si el emplazamiento de que se dispone es insuficiente para la cantidad de racimos que se quiere conservar, se pondrán muchos en cada frasco; esta acumulación no perjudica sensiblemente para que se conserven; el reconocimiento es menos fácil, no obstante, y más es de temer que se contaminen por contacto que cuando se colocan uno ó dos sarmientos en cada frasco.

Reasumiendo cuanto conviene saber para conservar los racimos de uva con sus granos frescos y las raspas verdes, de modo que se hallen en el mes de Enero como si estuviesen recién cogidos, se escogen, á ser posible, aquellos sarmientos en que se encuentran dos racimos en cada uno. Se cortarán estos sarmientos de modo que queden tres nudos por debajo del primer racimo y dos superiormente; en seguida se introducirán en los frascos de que nos hemos ocupado antes, cargados con agua y una cucharadita de carbón vegetal, sal ó ácido salicílico como hemos dicho.

Depositada la uva en el frutero, deberá visitarse con frecuencia y limpiarla, con la hoja de un cuchillo cortante ó con la punta de unas tijeras, de los granos estropeados y podridos, y añadir de tiempo en tiempo á los frascos el agua que haya sido absorbida por los sarmientos. Cuando se quiera acometer la operación en grande escala, es muy conveniente disponer tablas de 25 á 30 centímetros de anchura, con los huecos correspondientes, á la distancia de 30 centímetros entre sí, en los cuales se suspenderán los frascos con sus respectivos racimos.

Para conservar suspendidos en el fru-

tero los racimos con raspas secas, se emplearán garfios en forma de S.

Los agentes de fermentación que es necesario suprimir son: la luz, la humedad y el calor. Es muy fácil obscurecer el frutero. La humedad es combatida con éxito, empleando piedras de cal recientemente sacadas del horno ó cloruro de calcio mejor en estado anhidro; la supresión del calor es menos fácil de obtener. Se consigue casi lo mismo aireando el frutero durante las noches frías; este medio, por desgracia, provoca frecuentemente la desecación de las raspas. El método más seguro para mantener una temperatura regular y baja (2° á 4° sobre cero es la que conviene mejor), consiste en refrescar la cámara en que se conservan los racimos haciendo circular agua fría, obtenida por aparatos especiales, análogos á los que se usan para la fabricación del hielo; pero este sistema no es aplicable económicamente sino cuando se trabaja en muy grande escala y se dispone de mercados en que alcance elevados precios la uva conservada á tanta costa.

La inspección para quitar los granos podridos y las raspas dañadas se hará, como se ha dicho, para la conservación con las raspas secas; se combatirá el enmohecimiento por el mismo método.

DIEGO NAVARRO SOLER.

(Se concluirá.)

LA ACHICORIA

Pertenece esta planta á la familia de las compuestas, y es conocida con el nombre de *Cichirium Intybus* entre los botánicos.

Como planta poco delicada que es, vegeta espontáneamente en todo el país, sea cualquiera la naturaleza del terreno, con tal de que encuentre alguna humedad, siquiera sea poca.

La raíz de la achicoria tostada y molida se emplea como sucedánea del café entre la gente pobre en Suiza, Alemania é Inglaterra, y su uso está muy generalizado para adulterar el café, con el cual se mezcla.

Esta clase de achicoria no es la variedad forrajera, de la cual se diferencia en que su raíz es mayor y menos amarga, el ramaje es más desarrollado, con hojas de verde intenso y más abundantes en número.

Aun cuando, según hemos dicho, esta planta es muy rústica y prospera indiferentemente en cualquiera clase de terrenos, parece, no obstante, que vegeta mucho mejor en los que son frescos, profundos y algo calizos.

El cultivo de la achicoria, que generalmente sigue al del trigo ó cebada, lejos de empobrecer la tierra, no sólo la fertiliza por los restos vegetales que deja, sino que, al verificarse la recolección, se labra indirectamente el terreno.

Debe para este cultivo darse en invierno una labor profunda y posteriormente dos cruzadas ordinarias, allanando y desterronando el campo antes de proceder á la siembra.

Esta operación se verifica á voleo y cuando ya no hay temor á las heladas, esparciendo unos cuatro kilogramos de semilla por hectárea, ó sea unas dos libras y media por fanega. Arrojada la semilla, se la cubre con una capa de tierra de poco espesor y después es conveniente pasar un rodillo ligero ó una tabla simplemente, á fin de apelmazar algo la superficie.

A los quince días de la siembra germinan las semillas, y entonces se debe practicar un aclarado para que próximamente todas las plantas disten entre sí unos veinte centímetros, pues de otro modo las raíces se estorbarían unas á otras y resultarían éstas mal conformadas y desmedradas.

Sucesivamente, y á medida que las necesidades lo exijan, se escardará el terreno y se irán esparciendo más las plantas, hasta dejarlas á treinta centímetros de distancia, cuando hayan adquirido todo su desarrollo, cual tiene lugar en el momento que se inicia la floración.

Puede emplearse en este cultivo cualquiera clase de abono, especialmente los de naturaleza orgánica; pero éstos han de utilizarse completamente descompuestos, ó de lo contrario se repartirán en el cultivo á que suceden. La cantidad máxima de abonos que debe darse en este cultivo es unos cinco carros por fanega, aun cuando fácilmente se comprenderá que nada concreto puede decirse sobre este punto, sin conocer las condiciones particulares de cada caso.

La recolección de la achicoria se debe efectuar antes de que se presenten los fríos, época en que ya nada aumenta la cosecha, y puede utilizarse la hoja como alimento del ganado.

Este forraje suele hacerse que lo pasten los animales antes de extraer las raíces, mas no debe constituir una alimentación única, porque la leche toma un sabor desagradable.

Las achicorias se sacan con azadón ó arado y en ambos casos deben, después de limpias, almacenarse en lugares abrigados y secos, para proceder al tostado cuando las necesidades lo exijan.

Una fanega de terreno sembrada de achicorias produce próximamente 125 arrobas de esta raíz y un 25 por 100 menos de forraje.

Las achicorias antes de tostarlas se las lava perfectamente y se separa la parte superior é inferior. Hecho esto, se meten los trozos así preparados en hornos ó tostadores, con un 2 por 100 de manteca, procurando que las achicorias no ardan nunca ni se ahumen, para lo cual hay precisión de emplear un combustible adecuado.

Terminada la torrefacción, ó sea cuando las achicorias tienen el mismo color que el café tostado, se llevan á los molinos donde groseramente se trituran, y después se procede al cribado para moler de nuevo los trozos demasiado grandes, y que el todo resulte con el aspecto tostado y molido.

Este café achicoria, así preparado, sirve, como ya hemos dicho, en algunos países para suplir el café, y en otros para mezclarlo con él y darle un sabor amargo tan desagradable como impropio y que sólo puede tolerar el que no está acostumbrado al uso del buen café puro.

Para que se tenga una idea de la importancia que en algunos países tiene este cultivo, diremos que sólo en Francia se consumen seis millones de kilogramos al año, sin contar con lo mucho que exporta á otros países y principalmente á Inglaterra.

Réstanos, para terminar estos apuntes, decir los medios de que puede uno valerse para evidenciar las falsificaciones de que casi siempre es objeto el café.

Consiste el primero en echar dentro de un recipiente con agua una pequeña cantidad del café sospechoso, agitar el líquido y esperar á que éste se repose. Si el café está falsificado, sobrenadarán las substancias que lo impurifiquen y que comunmente son: habas, bellotas, achicorias, remolachas, galletas y quedará en el fondo tan sólo el verdadero café.

Si el café está tan sólo tostado, suele falsificarse con granos hechos de arcilla plástica, en cuyo caso basta sumergir algunos granos en agua, en la cual se disolverán los de arcilla ó arrojarlos sobre el fuego para que se quemem los de verdadero café, sin que se alteren los otros.

La achicoria no puede ser considera-

da como nociva en alto grado, pero se ganaría mucho con desterrar su uso, pues tiene propiedades poco favorables para el estómago y sobre todo para el cerebro.

VARIEDADES.

PERROS CÉLEBRES

Visité, como *todo Madrid*, la Exposición canina, y entre otras notabilidades perrunas que encontré en ella, tuve la fortuna de tropezar con el perro de un académico, el cual (el perro) era, como su amo, erudito, sabio historiador y filósofo.

Encontré al can triste; pregunté la causa de su disgusto, y me dijo:

—La causa es la injusticia de los hombres, que escriben tanto acerca de cuadros, flores y caballos y nada dicen de nosotros que tanto lo merecemos.

¡Quién supiera escribir!—añadió;—y á renglón seguido me contó las siguientes historias de perros célebres, que yo publico para satisfacción del can filósofo y para ejemplaridad y orgullo de toda la raza canina.

El primer can que mencionan las historias es el de Ulises. Y aquí viene mi defensa, si alguno me censurara por entretenerme en echar mi pluma á perros.

Aparte de que acaso no sirva para otra faena diré: que nada menos que el gran Homero dedicó algunas páginas al perro de Ulises, llamado *Argos*, como el famoso barco.

«Este perro—dice el gran poeta hélenico—era uno de los mejores del país. Cazaba igualmente la liebre, el gamo, las cabras montesas y toda clase de bestias feroces.»

Enfermo y triste desde la partida de Ulises, todos los días salía al camino por donde le vió marchar, y cuando al cabo

de tantos años volvió Ulises á Itaca el único que le conoció fué su perro, que viejo y moribundo apenas tuvo fuerza para arrastrarse hasta los piés de su señor.

Es interesantísima la conversación que Homero pone en labios de Ulises y del pastor Eumeo, al cual pregunta el rey por qué está el perro tan mal tratado.

—Señor—responde Eumeo—esa es la costumbre de los criados. Desde el momento en que los amos están ausentes, ó son débiles sin autoridad, los sirvientes se relajan y no piensan más en cumplir su obligación, *pues Júpiter quita al hombre la mitad de su virtud desde el día en que le hace esclavo.*

¿No es verdad que Homero parece que presentía las criadas de estos tiempos, y que además era digno de presidir la sociedad antiesclavista?

Una de las cosas más notables encontradas en las excavaciones de Pompeya fué el esqueleto de un perro tendido sobre el de un niño, al cual parece que todavía deseaba librar de la catástrofe.

Este perro se llamaba *Delta*, cuyo nombre ha pasado á la historia por estar grabado en un collar que aún conservaba el esqueleto, y pertenecía á un individuo llamado Severinos.

Los esqueletos del perro y del niño se conservaron hasta las guerras de principio de siglo en el museo de Portici.

Después han desaparecido.

Pirro, tan célebre por su memoria, que sabía de corrido los nombres de todos los soldados de su ejército, encontró un perro de no menor retentiva que él.

Le halló tendido, escuálido y moribundo, junto al cadáver de su amo, que, según se vió después, había sido asesinado.

El rey hizo enterrar al hombre y se llevó el perro, que alimentó y cuidó, conmovido por su fidelidad.

Algún tiempo después, pasando Pirro revista á sus tropas, vió que el animal, dulce de continuo, se lanzó furioso contra uno de los soldados, y que después iba sin cesar de éste al rey y del rey al soldado, el cual, interrogado, resultó ser el asesino del dueño del perro.

¿Quién no ha oído hablar del perro de Alcibiades? Muchos historiadores le mencionan, diciendo que era de singular belleza y de una fuerza sorprendente.

Tan popular era en Atenas, que Alcibiades le hizo cortar la cola para que el pueblo, distraído con esta novedad, no fijase su atención durante algunos días en los asuntos del gobierno.

Y lo más notable es que el discípulo de Sócrates consiguió su propósito.

Entre los individuos de la raza canina que han pasado á la posteridad con más honores se cuenta *Issa*, una perrita que tenía Marcial.

Como que ha sido cantada en admirables versos por el gran poeta latino.

Véase el principio:

«*Issa est passere nequior Catulli;
Issa est purior osculo columbæe
Issa est blandior omnibus puellis,
Issa est carior indicis lapillis; etc.*»

«Más viva y juguetona que el pájaro de Lesbia; su blancura, la de la paloma, excede á todas sus compañeras en dulzura y en gentileza, etc.» porque la composición es muy larga.

Entre los ejemplos de astucia llevados á cabo por los perros, ninguno como el que cuenta Plutarco.

Refiere este famoso historiador que vió un perro tan aficionado al aceite, que devoraba todo cuanto hallaba al alcance de su hocico.

Un día que la fámula dejó destapada una vasija llena de este líquido en la despensa, marchándose sin cerrar la puerta, el perro lanzóse á la golosina y se dió un buen atracón de ella. Pero á fuerza de tragar, el líquido bajó de ni-

vel, hasta el punto que el perro no lo alcanzaba.

Entonces el astuto animal recurrió á una estratagemata que no creeríamos si Plutarco mismo no la contara. Fué al jardín y en varios viajes se llevó en la boca una cantidad de pequeños guijarros, y echándolos en el fondo de la vasija hizo subir de nivel el líquido, pudiendo así saciar su glotonería.

Pero nada tan extraordinario como lo acontecido con el lebrél de Aubry, que mantuvo un juicio de Dios en campo cerrado.

Este Aubry, guardia de Carlos V de Francia, fué asesinado á traición en medio del famoso bosque de Bondi por un arquero llamado Macaire, con quien días antes tuvo una disputa.

El asesino enterró su víctima al pie de un árbol, y el hecho quedó por el pronto en la impunidad.

El perro, que se había adelantado á su amo para prevenir en la casa su llegada, según tenía por costumbre, volvió al bosque y encontró el lugar de la sepultura, sobre la cual permaneció echado, lanzando lastimeros aullidos todo el tiempo que pudo soportar el hambre. Entonces se fué á casa de un caballero llamado Ardillier, amigo del difunto Aubry y donde éste comía muchos días, pero por muchas caricias que le hicieron el lebrél se marchó así que hubo saciado su hambre.

Esta operación la repitió varias veces, hasta que Ardillier, extrañado por estas raras apariciones y conociendo el instinto del animal, le siguió, descubriendo así el cuerpo de su malogrado amigo.

El criminal seguía oculto, hasta que la casualidad hizo que, pasando un día por delante de la casa de Ardillier, á cuya puerta se hallaba el perro, éste se lanzó contra Macaire y estuvo á punto de devorarlo.

El hecho se repitió varias veces.

Siempre que el perro veía á Macaire se lanzaba sobre él.

Llegó la noticia á conocimiento del Rey, que hizo llamar á Macaire y le prometió perdonarle si confesaba la verdad, lo cual no hizo el asesino.

Entonces se apeló al *Juicio de Dios*, que se celebró en campo cerrado, en la isla de Notre-Dame.

Los dos campeones entraron en el palenque: el acusado, Macaire, armado de un grueso garrote; el acusador, el perro, teniendo un tonel agujereado para guarecerse.

Macaire fué vencido después de una lucha terrible, y confesó su crimen, siendo ahorcado.

Carlos V, encantado de la fidelidad y bravura del perro, hizo erigir en su memoria un pequeño monumento en el camino de Bondy, poniendo en él la siguiente inscripción:

«Ciegos mortales que violais las leyes más santas, ¡aprended de este animal á ser agradecidos! Temed hasta vuestra sombra cuando querais hacer el mal.»

No fué menos heróico un perro llamado *César*, que poseía un comerciante de Valladolid.

Cuando éste volvía á la capital le sorprendieron seis bandidos, uno de los cuales le pegó un tiro en un hombro, haciéndole caer de la cabalgadura. *César* se arroja sobre el asesino y le tiró al suelo destrozándole la cara: los otros cinco la emprenden á sablazos y á palos con el animal, que, más fiero cada vez, extrangula á dos de ellos de dos dentelladas en la garganta.

Otro que iba á caballo hirió de un pistoletazo al perro; pero éste, agarrándole ferozmente por una pierna, le hizo caer de la cabellería todo ensangrentado.

Los dos restantes huyeron atemorizados ante la fiereza del animal.

Entonces éste se dirigió á acariciar á su amo, el cual le dijo:

—¡*César*, á casa! y allá fué el pobre animal, sirviendo después de guía á varios hombres armados que salieron en busca del comerciante.

Este sanó de sus heridas, pero el pobre y heróico *César* murió al día siguiente á consecuencia de las que él había recibido.

Enrique III de Francia, que no gastaba menos de cien mil escudos al año en pájaros y perros, tenía tres de éstos tan sumamente pequeños, que á menudo (cuando se hallaba solo en su cámara) los llevaba en un pequeño cestito colgado al cuello con una cinta de gran valor.

Llamábanse *Liline*, *Titi* y *Mimi*, y se los habían traído de Smirna por un precio fabuloso.

Eran sumamente inteligentes, y habiéndoles enseñado á *hacer guardia*, se relevaban durante la noche, velando á la cabecera del lecho del Rey, del siguiente modo: Mientras dos dormían, el tercero permanecía en pie con las patitas delanteras apoyadas en el cesto que le servía de nicho.

Un reloj, cuyo timbre conocían perfectamente los animalitos, les marcaba la hora del relevo. En el momento en que el centinela escuchaba el sonido argentino que le anunciaba el fin de su tarea, mordía en la oreja á aquel de sus compañeros que debía relevarle, el cual, á su vez, después de cumplir su obligación, despertaba al otro por el mismo procedimiento. Jamás Rey alguno tuvo guardia más vigilante ni más fiel.

Cuando el fraile Jacobo Clemente llegó de París á Saint-Cloud, donde estaba Enrique III, con objeto de asesinarle, al verle entrar en la cámara del Rey, *Liline* se lanzó sobre él ladrando coléricamente.

El Rey, contra su costumbre, mandó llevar los perros á una habitación próxima, lo cual hizo que el pobre animalito ladrara con más furia.

Apenas habían salido los perros de la cámara real, cuando Enrique III cayó bañado en su sangre, herido de dos grandes cuchilladas que en el bajo vientre le asestó el fraile. Sólo *Liline* había presentado al asesino.

No es menos célebre que los anteriores el perrito que madame de Maintenon regaló á la famosa cortesana Ninon de Lenclos. Seguramente todas nuestras actuales bellezas querrían tener uno semejante. Sabido es que Ninon prolongó su carrera galante y afortunada hasta cerca de los cien años, lo cual debió, en gran parte, á su perro.

Era éste de una belleza extraordinaria, de piel negra como el ébano, con rayas blancas á la manera de una zebra, y era tan pequeñito que le dieron el nombre de *Ratón*. Su instinto, bien podríamos decir *su talento*, era extraordinario.

Si Ninon, en edad tan avanzada, pudo conservar su belleza, lo debió en gran parte á una constante sobriedad. Nada de café, nada de salsas, jamás probó licores fuertes. Cuando la invitaban á comer llevaba siempre su perrito, que colocaba al lado del plato en una elegante y pequeña canastilla. Era su doctor Tirtaefuera, y mantenía severamente el régimen de su señora.

En el momento en que se empezaba á servir la aniseta, el rosol ó el kirchs, *Ratón* ejercía la más exquisita vigilancia. Se apoderaba del vaso de Ninon y le escondía en el cestillo. Fingía ella querer probar el licor prohibido, *Ratón* aullaba incomodado; insistía Ninon, y el perro se ponía furioso, hasta que ella decía: «Señor doctor, ¿me permitís beber una copa de agua?» Con cuyas palabras se calmaba el inteligente animalito.

Además de las dichas, tenía *Ratón* otras extraordinarias habilidades.

Son muchos los perros conocidos por haber tomado parte en grandes batallas.

Entre ellos recordamos á *Moustache*, que tomó una bandera á los enemigos en Austerlitz, y nuestro *Canelo*, tan famoso en la guerra de Africa.

Hace algunos años había en la Academia de Ingenieros de Guadalajara dos hermosos perros, *King* y *Cañon*, sostenidos por los alumnos de la Academia, y eran tan inteligentes que, al paso que hacían caricias á todos los profesores, ladraban con furia á un ayudante que no se portaba bien con los alumnos.

Uno de estos dos perros, no recordamos cuál, murió en Madrid de un balazo el 22 de Junio.

Entre los perros, como entre los hombres, los hay que son modelos de laboriosidad, como son los que arrastran la carretilla del viejo afilador, tan conocido en Madrid, y los hay también modelos de holgazanería y desverguenza como el famoso perro *Paco*, cuya fama sólo consistió en imitar á muchos hombres que no hacen nada y viven á costa de los demás.

En la actualidad los perros tienen su papel en los ejércitos.

Hasta aquí sólo se los utilizaba para pasar despachos y mensajes.

Ahora se les enseña en Alemania á buscar en los campos de batalla soldados heridos.

Los perros de pastores son los que dan mejores resultados.

El regimiento de cazadores de Huelben tiene 12 de ellos, que saben encontrar los soldados ocultos tendidos en el suelo en los bosques y valles de los alrededores de esta población.

En seguida que descubren un soldado en estas condiciones, se detienen y aullan fuertemente hasta que llegan las ambulancias y levantan al soldado, como si en efecto estuviera herido, conduciéndole al hospital.

FERNÁN SOL.